

Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

VI.

El lamentable son del campo griego,
Los golpes fieros del troyano fuerte,
Mil espantosos géneros de muerte,
Y en suma cuanto pueden hierro y fuego
Aquiles oye y mira con sosiego,
Sin que se duela de su adversa suerte;
Antes tañe su lira y se divierte,
Y al son confunde la piedad y el ruego.

En él vive la injuria solamente
De que Briseida bella, su querida,
De Ágamenon por fuerza ocupa el lecho,
Y así, consigo mismo es inclemente,
Pues de su gloria, que es lo más, se olvida:
Tanto puede la fuerza de un despecho.

VII.

Cuitada navecilla, ¿quién creyera
Que osaran estas olas ofenderte,
Viéndolas otro tiempo obedecerte,
Como si tuyo el mar soberbio fuera?

Tus bienes les he dado, y persevera
Su saña; no sé ya cómo valerte;
El arte dejo en manos de la suerte,
Para que ella te arroje adonde quiera.

Bien sé que se aplacarán al momento
Si, como les he dado la esperanza,
Entregara también el pensamiento;

Pero avéngase allá con su bonanza;
Que más quiero morir en mi tormento
Que vivir con infamia en su mudanza.

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

SÁTIRA.

¿Esos consejos das, Euterpe mia?
Tu plática me deja de manera,
Que no sé si te lllore ó si me ria.

Cuando eras fabulosa y lisonjera,
¿Usáras de un estilo y de un lenguaje
Que tanto á tu opinion contradijera?

Superior patria y superior linaje
Te engendró, que no Grecia, la que daba
A sucesos extraños hospedaje;

Y pues ya á la verdad sirves, acaba
De alabarme que siga aquel cuidado,
Que ella en los más pacíficos alaba.

¿Cuándo á pleitos me viste aficionado
En el estruendo judicial suspenso
Entre el procurador y el abogado?

O ¿cuándo de mohatras cargué un cen-
O cobrar usurario en las calendas, [so,
O sahumar á Mercurio con incienso?

¿Yo embarazarme en cambio ó en con-
[tiendas?

¿Por cuál razon? Ni en tu gentil Parna-
Crecieron por litigio las haciendas, [so
Quédate, musa, en paz. A paso á paso;
Que no quiero sufrir que me condenes,
Hasta que más capaz estés del caso.

Y no me trates mal, pues que no tienes
La licencia que en Roma los esclavos
Para decir malicias y desdenes,

Cuando sus dueños (todo el año bravos)
Sufrian en diciembre las injurias
Y apodo de sus gotas y sus davos.

Pero tengo experiencias de tus furias;
Que agora tratas con oprobio á Grecia,
Y luego alabarás á la que injurias.

¿Ya te aplacaste? Pues escucha y precia
Estos consejos, que te harán más rico
Que los suyos neutrales á Venecia. [co

No entiendas que á las fraudes te dedi-
De los negocios, ni para que aprehenses
Las leyes justas con sentido inico.

Ni á seguir el tropel de las forenses
Discordias; ni á esgrimir sus artificios,
Para que siempre en sus astucias pienses.

Ni á Italia has de pasar por beneficios,
Para darles asalto con la capa
De que son subrepticios ú obrepticios.

Para engañarlo no verás al Papa,
Aunque te llame el golfo de Narbona,
Tan pacifico en sí como en el mapa;

Que si micer Pandolfo trae corona,
Y prebendado ha vuelto ya, Dios sabe
Cuál Simon le ayudó, Mago ó Barjona.

Yani en sí mismo ni en supatria cabe,
Ni de su loba pródiga las varas
De gorgoran en su espaciosa nave.

Si tú por estos términos medraras,
¡Qué basicas, qué visajes y figuras,
De puro escrupuloso, nos mostrarás!

¡Qué fuera ver nuestro curial á oscu-
Tropezar cada paso en infinitas [ras
Amenazas, papeles y censuras!

Ni tampoco yo quiero que repitas
Para reformador y discursante

Sobre todas las leyes que hay escritas.

Ni contra el scita augusto de levante
Quiero que reyes juntas y escuadrones;
Porque tu genio se nos muestre Atlante;

Que á mi risa me dan sus digresiones,
Y el lenguaje sin piés desvanecido,
Que ellos llaman discursos y razones.

Y si doliéndome de ver tu olvido
En cosas de tu hacienda, te encomiendo
Que no andes tan remiso y divertido, [do

No te hago mercader, aunque ya entien-
Que hay de tu profesion en este abismo,
A quien por ser cual es no reprehendo.

Sé bien tu inclinacion y que tí mismo
Odio mortal cobrarás, obligado
A vivir con las reglas del guarismo;

Y mas si en el dinero mal ganado,
Usuras, cambios, prendas, quitamien-
Hubieses de poner celo y cuidado. [tos,

Menos vulgares son mis pensamientos,
Que la cumbre de honor, á que te incito,
Huye medios torcidos y violentos.

No evito yo á Aristóteles, ni evito
A su maestro, al Livio ni al Cornelio
Tácito, ni otros gusto te limito,

Como las doctas noches de Aulio Gelio,
Al buen Macrobio, y del gentil parlero
El sueño de Cipion, la fé de Lelio,

Ni otros muchos, que adrede no refiero,
Filósofos de honor ó historiadores
De precepto ó ejemplo verdadero.

Y cuando entre mas cultos escritores,
Trasformado en abeja, en nuestro monte
Te pluguiere pacer sus varias flores,

Píndaro, Lino, Orfeo, Anacreonte,

Y los Homeros andarán contigo,
Que Archiloco refiere y Jenofonte;
Enio, de empresas árduas fiel testigo,
El gran Virgilio, con su amigo Horacio,
De cuyos plectros fuiste siempre amigo;
El grave Claudiano, el docto Stacio,
El Tibulo, El Catulo, con Propercio,
Liras las tres del venerable Lacio.
Ni te displacerán en este tercio
Cuatro ó cinco modernos, admitidos,
No sin bastante causa, á su comercio.
Aquí el entendimiento y los sentidos
Tendrán para sus gustos campo abierto,
Y aun á peligro de quedar perdidos.
Luego para evitarlo, bien te advierto
Que al gusto en lo mejor tires la rienda
Y pongas en el tiempo buen concierto;
Que es forzoso tratar de la vivienda,
Dar vueltas por tu casa y por la plaza,
Para aumentar ó conservar tu hacienda.
Y perdone Platon, mientras das traza
En cobrarla del otro por sentencia,
Si con cavilaciones la embaraza.
Y cuando sin lesion de la conciencia
Subir puedas la renta, que lasubas [cia)
Con prudencia; que agora (y por pruden-
No habitan los Diógenes en cubas,
Ni ellas reciben sino el estupendo
Néctar, ó gran setiembre, de tus uvas.
Nuestra filosofía anda pidiendo
Limosnas, en el hábito escamada
(Digo, en trapos cosidos de remiendo); [da,
Y aunque á los ricos su molestia agra-
Rabia de hambrienta y muerde las pare-
Esqueleto de seca y descarnada. [des,

Y la que soltó al aire las mercedes
Que el insigne Alejandro le ofrecia,
Les arma agora cautelosas redes.
Pues ya que para sí no las queria,
Para otros ¿fueran malas? ¡Oh soltura
Impropia de sagaz filosofía!
En efecto, lo acierta el que asegura
De la fiel Marta aquella parte buena,
Aunque María insista en la mas pura.
Bien que, pues son hermanas y sin pena
Se avienen entre sí, muy bien se puede
Filosofar y aderezar la cena.
Viendo yo, pues, lo que al valor suce-
He dejado ternuras y concetos, [de,
Algun rico buscando á quien herede.
Para verificar estos preceitos,
¿Qué ejemplos te daré de nuestra gente,
De sus reinos perdidos y sujetos?
Grecia, de letras lleno y elocuente,
Por el ócio filósofo obedece
Al fiero architirano del oriente.
Sus déspotas y príncipes parece
Que trujeron la antigua edad consigo,
Que de oro la llamó quien la encarece.
Cuando nacia voluntario el trigo
(Que el manejar arados ignoraban),
Era el trato pacífico y amigo.
Sin leyes la justicia veneraban,
Y con tal sencillez eran fieles,
Que á sus reyes por dioses adoraban;
Bien que á sombra de un árbol rudas
De fieras eran todos sus arreos, [pieles
Tronos, tapicerías y doseles.
Mas ¡ay, que en esta paz nuestros de-
De la razon suprema desviados, [seos.

Solo ganaban palma en sus museos!
Fulminaban los bronceos asestados
Del scita poderoso á sus murallas,
Y ellos, ni del estruendo alborotados,
En uno componiendo sus medallas,
O estudiando sus cifras y reversos,
Muy provisto sin fruto en antiguallas;
Perdido el otro por sus propios versos,
O atento el matemático á su esfera
Imaginando círculos diversos,
Nadie ponía al pueblo ley severa
Para atajar sus furias y tumultos,
Con que la paz universal se altera.
Ninguno castigaba los insultos,
Notorios todos, porque la insolencia
No los guardaba en el silencio ocultos.
Faltaba en el gobierno diligencia,
Y á los príncipes todos la divina
Lumbre de la comun correspondencia;
Que el valor que en blanduras se afemi-
Con detrimento cierto de la cosas [na,
Públicas, él ministra á su ruina.
Y así, cuando las armas rigurosas
Del turco ejecutaban crueldades,
A los bárbaros mismos lastimosas;
Nadando en sangre humana las ciuda-
(Que su horrible cuchillo no respeta, [des
Ni entonces respetó, sexos ni edades),
Vieras nuestra nobleza más quieta
Que el ócio mismo, bien que especulando
Lo que suele correr cada planeta;
No, no sobre los muros animando
A la atónita plebe que confusa
Perecia sus nombres invocando.
Puedenos Grecia dar bastante excusa,

Sino la que Arquímedes dar pudiera
Cuando ganó Marcelo á Siracusa;
Que saqueando la ciudad la fiera
Legion, se entró un soldado embravecido
Donde él con su compás de tal manera
Estaba en formar líneas divertido,
Que no sintió el estruendo del asalto,
Ni del romano el súbito ruido.
Preguntóle: «¿Quién eres?» Mas él, fulto
De voz para nombrarse, sordo y ciego,
De puro atento, y no de sobresalto,
«No borres estos círculos, te ruego,»
Dice al bravo romano, el cual, creyendo
Que despreciaba su pregunta el griego,
Pásale por el pecho el hierro, abriendo
Postigo al alma, y con la sangre hirviendo
Borra sus mismos círculos, muriendo. [te
Dirán que la omision del occidente,
Y la que hoy dura en los septentrionales,
No fué de nuestro sueño diferente;
Y es la verdad que Hungría en los um-
Miraba la tragedia, y en Polonia [brales
Andaban, por formar su rey, parciales.
Austria, Bohemia, Claves y Sajonia
Fuerzas mostraban, pero divididas,
Aun en la religion y ceremonia.
Pues las otras regiones esparcidas
Bajo los Septentriones, no me mandes
Ser fiscal de sus tratos y sus vidas.
De las demás acá brindaba Flandes,
Y con fin ya de zizañar la crisma,
Tiempo buscaban heresiarcas grandes.
No pudiendo caber Francia en sí mis-
Ocupaba otros reinos; Inglaterra [ma,
Alegre retozaba con el cisma.

Nole conviene á España nueva guerra,
Mas cuando la aprobara, ¿en cuántos días
O siglos arribara á nuestra tierra? [días?

Y tú, entonces, Italia, ¿en qué enten-
Di tú: «En armar y desarmar tiranos,
Ocupaciones naturales mias;»

«Y por vengar los ódios ciudadanos,
Tratar sin fe mis ligas temerarias,
Con fraudes y con pactos inhumanos.

»Llamar á las naciones más contrarias,
Pródiga del esfuerzo ántes robusto,
Ejercitando sus crueldades varias;

»Porque allí, con el pacto más injusto
Del orbe, mis magnates se ligaron,
Como Antonio con Lépidó y Augusto.

»Al fin, todos discordes nos miraron.
¡Oh imperio fiel! si entonces te juntaras,
Como tus enemigos se juntaron,

»¿Qué tirano comun no atropelláras?
Es cierto que con próspera venganza
En sus reinos el tuyo dilatáras.

»Y tiémbalas hoy debajo de su lanzas,
Mirando el hierro de tu sangre tinto,
Dudoso entre el temor y la esperanza.»

Pero salgamos deste laberinto;
Que la cuerda que atamos en la entrada,
Faltará en el horror más indistinto.

Y tú, si á vida anhelas descansada,
Acomódate al trato humilde y llano,
Cesa de la divina y retirada.

No contradigo que huyas el profano
Vulgo con Trimegistro, que te endiosa,
Con tal que te gobiernes como humano;

Que la fortuna, ó no reparte cosa
Sabiendo á quien la da, sino así á bulto,

O hasta que se la quita no reposa.

Y si tú no eres uno del tumulto
De los que la frecuentan, si imaginas
Que la traerás á tí viviendo oculto,

A turbia luz la condicion le atinas,
O esperas que otra excelsa providencia
Te cargue de riquezas repentinas.

Agráviate en justicia y en prudencia
Quien piensa que, de justo ó presumido,
Esperas en la fé de tu conciencia; [do,

Que otro Abacuc, de un pelo suspendi-
Te traiga los manjares por el viento,
A punto, sin tardanza y sin olvido.

Así que, muda estilo y argumento,
Y no te admires de que yo te exhorte
Que animes tus acciones con aliento,

Siguiendo de ellas la que más te impor-
Y que acudas solícito á dar voces [te,
A Roma, ó si te place, á nuestra corte.

Estudios tienes, principes conoces,
Por cuyo beneficio en pocos días [ces;
Podrá bien ser que el premio de ellos go-

Y esto sin fraudes y sin simonías:
¿Qué sabes tú la suerte que te aguarda,
Y cuán ingratamente desconías?

Que no se pierde, no, lo que se tarda;
Y si no lo procuras, si lo dejas,
Diremos que el descanso te acobarda,

Mas yo quiero callar, pues te aparejas
A responder, y rato ha que te veo
Morder los labios y arquear las cejas.

Señal ¡oh Euterpe! que con el deseo
Que muestras de mi bien, con animarte,
Mas que con el consejo, me recreo. [marme

Dí ¿qué quieres que haga? ¿He de for-

De nuevo? ¿He de alquilar inclinaciones,
O puedo de las mías despojarme?

Que puesto que á lo activo me aficiones
A costa de mi genio, es á gran costa
Gran obra, y más lo medios que propones.

Más fácilmente correrá la posta
Una tortuga, y por snfrir el hielo
Sacudirá de sí su alcoba angosta,

Que pueda yo, y perdone tu buen celo,
Ser industrioso y ágil, como dices,
Contra la inclinacion que me dió el cielo;

Y los que le resisten infelices,
Cuando de ocupacion tan impórtuna
Cargan el grave yugo á sus cervices;

El carro van tirando de Fortuna,
Que triunfando la llevan domeñados
Como á Vénus ó á Juno ó á la Luna;

Que á sus cisnes ó pavos enfrenados,
En mi opinion, serán los pretendientes
Con metáfora propia comparados.

Pues ¿querrás ver, mis alas obedientes,
Que sufra su coyunda y tasque un freno,
Aunque le forje de oro entre los dientes?

El pasaje de Roma no condeno;
Mas, si no para risa de curiales,
¿Para qué seré yo en Italia bueno? [les

Porque, en vez de afilar los memoria-
Para herir los datarios, precediendo
Tributo y humildad á sus umbrales,

Curioso me verias inquiriendo
Donde fué el primer muro y el Pomerio,
Que al Aventino monte va excediendo;

En cuál foro se dió al odioso imperio
(Viendo á Lucrecia muerta) la sentencia
Por consejo de Bruto y de Valerio;

Donde hizo el buen Camilo resistencia
Al senado inconstante, y en qué parte
Cedió Papirio á la comun violencia;

Los circos, los teatros, donde Marte
Tantos émulos vió como varones,
Para cuya alabanza es muda el arte;

Y adonde yacen de los dos Cipiones
Las venerables casas (hoy ruinas),
Templos de tantos bélicos blasones;

Y en las tierras fructíferas vecinas,
Taladas por el pérfido africano
Hasta las tusculanas y latinas.

¿A cuáles perdonó la astuta mano
Para hacer sospechoso á Quinto Fabio
Con el pueblo y ejército romano?

Mas él vendiólas, como fiel y sabio,
Y libró con el precio muchos presos
Y convirtió en su crédito el agravio.

Pedazos de architraves y de fresos
Andaria notando, que la gloria
Han sido ya de bélicos sucesos;

Y el ánimo inflamando en esta historia,
Lo librara del tiempo que ahora corre,
Con la dulzura de mejor memoria,

Pues vóime á nuestra corte, ó á la torre
Que edificó Babel, y de su traje
Madama Hipocresia me socorre.

Entro en la variedad de su lenguaje,
Pídoles agua, y dánme cal ó arena,
Y sufro bien este primer ultraje.

Quiérome retirar; mas la sirena
Por voz de algun ministro me detiene,
Cuando entre dulces esperanzas suena

Pasan los años, pero nunca viene
El vuestro, y cuando viene, dános cosa

Que ni arma á vuestro talle ni os convie-
O por ser desigual ó vergonzosa, [ne,
O para siempre estar sobre las alas
Conservando una gracia peligrosa;

Tan alta, que dará cuidado á Palas,
Cuanto más al que, pobre de consejo,
Busca el sueño de tantas noches malas.

Tuviera en hora buena por espejo
Vuseñoría y otros encumbrados
De las alas de cera el cuento viejo;

Que ya para volar aparejados,
Dédalo al mozo Icaro le dijo:

«Por tierra estamos y por mar cercados.

»A vuelo habemos de librarlos, hijo;
Mas vuela entre dos aires, no te arrojes
Sino por el camino que yo elijo;

»Que si la medianía por mí, escoges,
Del sol y el mar te librarán tus plumas,
Digo, sin que te abrases ni te mojes.»

Pasó el viejo, y un templo fundó en Cu-
Cayó el rapaz, y con el nombre suyo [mas;
Intituló sus trágicas espumas.

Por esto no te admires si me excluyo
Del tráfago y me apelo á mi retrete,
Donde á mi soledad me restituyo;

Donde si la fortuna me acomete
Con cuanto poseyeron Craso y Creso,
No habrá prosperidad que me inquiete.

Mi pensamiento, ya no como preso,
Sino como consorte y grato amigo,
Reprueba los que vuelan con exceso;

Y en la continuacion de estar conmigo,
No es fácil de creer cuán de su agrado
Sigue el mismo dictámen que yo sigo.

¿De qué sirve picarle á que, irritado,

Aperciba las velas y los remos
Para buscar sosiego á nuestro estado,
Si entre nosotros mismos le tenemos?
¡Oh execrable ambicion, que nos encantas!
Para que ni él perezca ni le hallemos!

Como escarpin revuelto entre las man-
Calla escondido sin hacerse fuerte; [tas,
Luego ¿qué importan diligencias tantas?

Acomodarse el hombre con su suerte,
Y abrazarse con ella es paz y vida,
Y todo lo demás discordia y muerte;

Pero pongamos caso que me pida
El sí fortuna (que le pide á pocos),
Y con rentas y cargos me convida,

Y que con una mitra me hacen cocos,
Y coronan mi frente (aquesta frente,
Vida de muchos pensamientos locos)

¿Pondré por eso el ánimo obediente
A la razon? ¿Desterraré la arpía,
Y con ella tambien la sed ardiente?

¿Piensas tú que en el cargo ó prelación
Tranquilidad del ánimo perfecta,
Segun hoy está el mundo, hallar podría?

Ni la fortuna da, aunque la prometa,
Al que aspira á subir sobre su cumbre,
De sus descansos posesion quieta;

Sino solicitud y pesadumbre,
Buscas mortales, y en su imperio ciego
Lazos de no creida servidumbre;

Pues donde las riquezas y el sosiego
Como amiga te guarda, allí se esconde
Para sacar de tí donaire y juego.

Ahora se me acuerda un cuento, donde
Verás lo que sucede á cada paso,
Que al propósito desto corresponde.

Un hombre labrador cavando acaso
Atento á la cultura de su huerto,
A media vara halló enterrado un vaso.
Suena la azada, y á los golpes cierto
Y formado salió el cántaro ó jarro,
Con un betun fortísimo cubierto.

Era el atapador tambien de barro,
A modo de pirámide y tan dura,
Que la quebrara apénas un guijarro;
Y como en esta tierra se murmura
Que hay en ella escondida plata y oro,
Pensó que estaba dentro su ventura.

«Dichoso yo, sin duda, que es tesoro,
Dijo, que en los peligros de la guerra
Aquí lo sepultó algun rico moro.»

Saca su hallazgo de la amiga tierra.
Prometiéndose ya de comprar cuanta
Alcanza á ver, con lo que el vaso encierra.

Las manos tiemblan cuando lo levanta.
Mirando á todas partes con cautela;
Que ladrón se le antoja cualquier planta.

Ya al fin nuestro dichoso se recela,
Y á solas, de testigos retirado,
Abrir quiere la urna ó tinajuela. [do

Pero aunque le entristece el peso ama-
(Porque, segun lo estima y lo que espera,
Se le antoja liviano demasiado),

Lo excusa luego, porque considera
Que la carga que aplace no es pesada,
Y que el nuevo placer se la aligera.

Al fin en lo interior de su posada
Cierra su puerta y las endrijas tapa,
Y aun quisiera á la luz negar la entrada.

Tras esto, extiende pródigo la capa,
Y forcejando por no hacer ruido,

Como pudo lo rompe y desatapa.

Trastorna la vasija persuadido
Que estaba del más fino oro maciza,
Entre joyas antiguas embutido;
Pero envueltos le arroja con ceniza
Huesos medio quemados (de varones
Quizá que alguna historia solemniza).

Atónito entre varias opiniones,
Llega á tener por cierto que el demonio
Aquel tesoro transformó en carbones.

Si él pudiera entender á Suetonio,
Que nos dejó en las Vidas que dispuso,
De exequias de aquel siglo testimonio,
Cierto de que ya un tiempo hubo aquel
Desepultar, no hallara causa alguna [uso
Para quedar burlado ni confuso.

Así nos enriquece la fortuna
Cuando, ya por rigor, ya por clemencia,
Sale á nuestros designios oportuna.

Prometiéonos el gozo y la opulencia
De su prosperidad; pero no tarda [cia
Ni un instante á probar nuestra experien-
Que es ceniza el tesoro que nos guarda.

SONETOS.

I.

Fabio, pensar que el Padre soberano
En esas rayas de la palma diestra
(Que son arrugas de la piel) te muestra
Los accidentes del discurso humano
Es beber con el vulgo el error vano
De la ignorancia, su comun maestra,
Bien que confieso que la suerte nuestra,

Mala ó buena, la puso en nuestra mano.

Di, ¿quién te estorbará el serrey, si vi-
Sin envidiar la suerte de los reyes, [vi-
Tan contento y pacífico en la tuya,

Que estén ociosas para tí sus leyes,
Y cualquier novedad que el cielo influya
Como cosa ordinaria la recibes?

II.

Ni opinion, Cárlos, ni esperanza fundo
En los aplausos que el favor derrama;

¿Quién los aprueba ó sus lisonjas ama,
Por más que en bronce las escriba el mun-

Si, rotas por el tiempo vagabundo, [do?
Muere el hombre otra vez cuando su fama,

¿Son más que esfuerzos de una débil lla-
Que turbia cesa en el morir segundo? [ma,

Y si el no conocerse es el abismo
De todo error, y cunde sin mudanza

Una vez en los ánimos impreso,
¿Buscaré mi verdad en mi alabanzas

¿Cuándo has visto volver con buen suce-
A quien se busca fuera de sí mismo? [so,

III.

«Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia

Que arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?

»¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
Hace á sus leyes firme resistencia,

Y que el celo que más la reverencia
Gima á los piés del vencedor injusto?

«Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicas, la virtud gimiendo

Del triunfo en el injusto regocijo.»

Esto decía yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció, y me dijo:
«¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las al-
[mas?»

CONDE DE VILLAMEDIANA.

DIÁLOGO ENTRE PLUTON Y AQUERONTE.

Pluton.

¡Hola, barquero! ¡Rígido Aqueronte!
¿Cómo no me respondes?

Aqueronte.

¿Quién me llama?

Pluton.

Apareja tu barca, en órden ponte;
Que previene tus dichas hoy la fama.
De Filipo Tercero la alma pura
El mártir cuerpo deja en su real cama,

Y á los Eliseos campos se apresura.
Bien es que para rey tan soberano
Determines limpiar barca y figura; [no,
Y aunque excusar horrores será en va-
De las estigias aguas mando y quiero
Que le muestres camino más que humano.

Aqueronte.

Obedecerte, gran Pluton, espero;
Mas advierte que vives engañado,